

H CR
056
R454-sc

LA ESTRELLA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

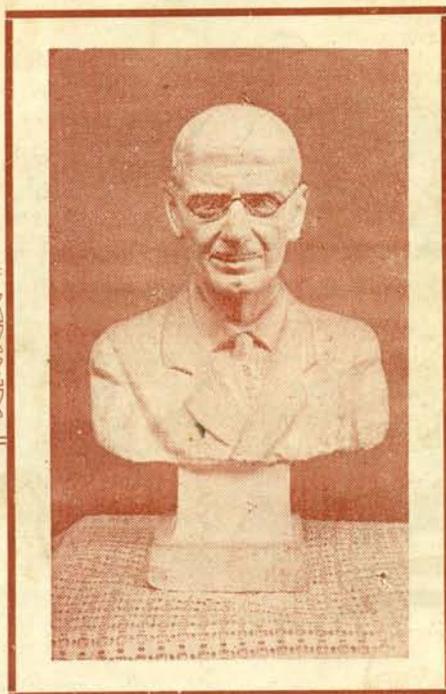
AMERICA CENTRAL

Año V

13 de Octubre de 1935

No. 218

BENEFACTORES DE LA PATRIA



Dr. don Maximiliano Peralta

EL doctor don Maximiliano Peralta, hombre de ciencia, de un corazón de niño para quien los dolores ajenos tenían siempre un amigo que los consolara y les diera la oportuna intervención científica, seguros de que el muy querido y caritativo doctor no les cobraría un céntimo. Fundó el HOSPITAL MAX PERALTA con su propio capital y a su muerte dejó toda su fortuna para que sirviera de renta para el sostenimiento del Hospital que amaba con todo su corazón.

La ciudad de Cartago debe guardar por el distinguido doctor y gran benefactor un agradecimiento eterno.

Te bendigo, dolor...

Te bendigo dolor, porque me hieres
y me destrozas, callando, las entrañas...
por que tus golpes sordos y certeros,
van dibujando mi espiritual estatua...

Y te bendigo porque rejuveneces
mi espíritu y mi sér en la desgracia...
Y te bendigo por que me perfeccionas
y me elevan a Dios tus enseñanzas
creando en mí un corazón magnífico,
un espíritu nuevo y nueva alma.

Y te bendigo como buen cristiano,
lleno de Amor, de Fé y de Esperanza;
y te bendigo, sereno, sin turbarme,
mirándote en las luchas cara a cara.

Te bendigo dolor, por que me hieres,
y me destrozas, callando las entrañas...

Angel Terrazas

Croquis

El dolor es fecundo, es un signo infalible
en la experiencia eterna del mundo espiritual;
porque si en los ataques permanecemos firmes,
salimos más dispuestos para otra vez luchar.

Por el contrario, el gozo, el placer y el con-
[tento,
destruyen y aniquilan todo lo que es genial;
y van polarizando lo más vivo y eterno
que hallamos en el mundo, el sufrir y el amar.

Y van polarizando las cuestiones más graves,
de nuestra sacrosanta y suave Religión;
las artes y las ciencias, la vida del sentido,
la vida del tormento y el ritmo del amor.

Y por eso los pueblos, lo mismo que los hom-
[bres,
prosperan y adelantan cuando saben sufrir;
En cambio desfallecen y pierden su grandeza
cuando pasan la vida en cantar y en reír.

El sufrir es fecundo, y las crisis que causa
serenan el ambiente de nuestro corazón...
Después de la tormenta, sonrío la bonanza,
los cielos son más claros y más hermoso el sol.

ANGEL TERRAZAS



CLINICA DENTAL

Dr. PERCY FISCHER, Dentista Americano
DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos
en sus servicios profesionales

Rayos X. Dentadura de Hecolite, material nuevo
que imita el color natural de las encías.

Teléfono 3105 - 50 varas al Oeste del Carmen

Doña Julia M. v. de Woodbridge en EL CHIC DE PARIS

acaba de recibir un lindo surtido de BOTONES en los últimos estilos y
colores, PRENEDORES y HEBILLAS de fantasía. Juegos de ROPA
INTERIOR en jersey de seda y algodón, FAJAS para vestidos en gamuza
y cuero en todos colores, MEDIAS BABY en hilo de Escocia y en seda
y un extenso surtido en artículos para regalos: COSTUREROS, JOYE-
ROS en cuero y en rafia, FLORERITOS, CENICEROS, POLVORERAS, etc.

DIRECTORA:
Sara Casal vda. de Quirós
Apartado 1239
Teléfono 3707
OFICINA: mi casa de habitación
BARRIO: Estación del Atlántico
Avenida 1a. — Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

Publicación Semanal para el Hogar

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

San José, Costa Rica, 13 de Octubre 1935

Suscripción mensual

— 00 —

cuatro números:

₡ 1.00

La Mujer debe preocuparse por todos los asuntos sociales

El desbarajuste social que existe hoy en el mundo es algo que desconcierta a todos los que nos preocupamos de los problemas sociales. Cada país afronta una serie de problemas a resolver tan difíciles que parece imposible un resurgimiento en el que aparezcan las sociedades humanas 'salvadas' del naufragio social como la familia de Noé en el Arca.

Mirando el pasar de los tiempos, vivimos observando y nos aterra pensar en la actitud de los dirigentes que sólo piensan para salvar el país en resolver los problemas económicos y materiales dejando a un lado la parte más importante, la de más trascendencia para la vida de los pueblos, la parte espiritual.

Y esa manera de proceder se nota en todo... las escuelas y colegios instruyen pero no forman el corazón y menos elevar los corazones a Dios. La naturaleza humana es de carne, sujeta a todas las pasiones y si no hay una fuerza superior que eleve al hombre hacia un ideal supremo que divinice sus actos, hasta el más íntimo de su corazón, se tendrá por resultado una educación superficial cuando no indiferente y atea.

Una sociedad de hombres y mujeres materializados es una sociedad casi de animales, cuyo único fin es vivir para satisfacer sus propios instintos y para darse una vida regalada y sin ninguna responsabilidad ni ante la sociedad en que actúan ni ante Dios.

La educación tan superficial que se le ha dado a nuestra juventud desde hace casi medio siglo, una educación sin Dios es el mejor terreno preparado para que en él se siembren todo género de ideas y crezcan

maravillosamente, florezcan y den los frutos que estamos cosechando hoy día. De un lado el pueblo con el comunismo, socialismo, reformismo y no sabemos cuántas más palabrejas en ismo. De otro lado las altas clases sociales egoístas en su mayoría, orgullosas, y en cuestiones de fé indiferentes cuando no enemigas de Dios.

De otro lado las mujeres como títeres bailando al compás de la moda, que las torna y vuelve como ella quiere y con su maestro incomparable EL CINE que les enseña todos los refinamientos de la inmoralidad, del crimen, del vicio. Y la mujer imitando a las mujeres del cine en sus movimientos, en sus bailes, en sus posturas, en sus desnudeces, en sus vicios, sin comprender en su dignidad de mujeres honradas que lo que imitan la mayoría de las veces es a mujeres cuya vida es ciego y cuyo corazón está completamente pervertido.

Jesús necesitó de doce apóstoles para reformar la sociedad pagana e iba predicando su evangelio con todo amor y dulzura... esos doce, eran obreros, humildes, sin ninguna ciencia, trabajo les costaba comprender las enseñanzas de Jesús, pues los vemos hacer tan repetidas preguntas a su maestro. Y vemos que la labor evangélica de Jesús y sus doce fue maravillosa. Tres años de labor intensa bastó para enseñar toda la doctrina evangélica, y el ejemplo, ese ejemplo que es el mejor maestro. El ejemplo de la dulzura y amor de Jesús para todos los humanos, eso fué lo que subyugó a las multitudes y las convenció que la doctrina del Maestro era algo superior, jamás oída hasta entonces, una doctrina de amor y frater-

nidad, una doctrina humilde que llenaba de consuelo los corazones y que elevaba el alma hacia el Dios de los cielos que en su inmenso amor a sus hijos había enviado a su hijo para enseñarnos el camino de la verdadera vida, la verdadera doctrina, la única que enseña el verdadero camino de la felicidad terrena y eterna.

Locura es de los hombres querer convertirse en fundadores de religiones, de doctrinas para conducir la humanidad y brindarle la felicidad completa. Todo lo humano es imperfecto, y está sujeto a error; qué vanidad la del hombre querer igualarse a Dios para pretender con sus ideologías transformar el mundo. Y es tan estúpido eso de fundar nuevas doctrinas; así, vemos a unos seguir un derrotero y a los otros, otros derroteros opuestos y todos pretendiendo conseguir el remedio para curar los males que afligen a la humanidad.

Y no comprenden ninguno de los reformadores que si la humanidad se hunde en un abismo de concupiscencias, de materialismo, de maldad, y de miseria es por su propia voluntad, es porque al alejarse de la doctrina de amor y fraternidad que predicó todo un Dios, se alejaron de la verdadera doctrina divina. No comprenden que es ridículo querer igualarse a Dios, erigiéndose en reformadores de la humanidad cuando el único reformador divino fué Nuestro Señor Jesucristo.

La humanidad se hundirá cada día más en el caos de sus propios errores si no recapacita y piensa seriamente que la única manera de volver por el buen camino es dedicarse seriamente a reorganizar la sociedad actual, guiándose por el evangelio que es la verdadera doctrina común a todos los humanos, la verdadera doctrina que es y ha sido hace dos siglos doctrina de amor y de justicia.

El Sumo Pontífice lo ha comprendido así, y es por ello que recomienda tanto la Acción Católica que es la única manera de trabajar en todo sentido por el resurgimiento de las costumbres cristianas y de una vida más justa para con todos los semejantes. Y como Jesús necesitó de doce, así cada

país necesita no de doce, sino de cientos de mujeres católicas que se dediquen con alma y corazón a trabajar para que las costumbres sociales cambien y vuelvan las costumbres sencillas, modestas, de hogar.

Es la mujer la que tiene la responsabilidad moral del momento actual. Es la única capaz de afrontar la ardua labor de una reforma social, es la única capaz de comprender la inmoralidad actual y sus consecuencias, es la única capaz de sacrificarse hasta derramar su sangre por salvar la sociedad del espíritu infernal que domina hoy en todo. Son los hombres los que han conducido a la humanidad al estado en que está, son ellos los únicos responsables. Por un lado haciéndole comprender a la mujer que su ignorancia, que su inferioridad intelectual no le permiten inmiscuirse en ningún asunto de interés público. Y la mujer se ha visto relegada casi como en la antigüedad a una compañera, por no decir esclava de placer del hombre. El hombre generalmente no ve a la mujer sino como un objeto sujeto a sus caprichos y que se le ha brindado para complacerlo en todo. La preparación que se le da a la mujer es propicia para satisfacer lo que el hombre desea de ella. Y ahora se lamentan los hombres de la superficialidad de la mujer.

Las mujeres debemos trabajar en todo sentido para que nuestra influencia se haga sentir en todo, en el hogar, en la escuela, en la sociedad, en todas las instituciones del Estado, y así tomar parte en la responsabilidad de la cosa pública.

Hay muchas importantes instituciones que dejan mucho que desear por la ausencia de la mujer. Cada vez que deseamos el mejoramiento de una institución y buscamos el origen de algún mal, encontramos que hay algún hombre que maneja esa labor y que no cumple con su deber.

Si pudiéramos hablar más francamente y no nos acarreáramos muchas malas voluntades, mucho tendríamos que decir.

En nuestro próximo editorial continuaremos hablando sobre este importante asunto del resurgimiento de la sociedad actual.

La acción de la mujer apostólica en Buenos Aires

COMENTANDO

La misión recientemente practicada para ganar el jubileo, en la capilla de San Ignacio —erigida en el Parque Chas, cerca de Villa Urquiza, — ha dado un espléndido rendimiento espiritual. Los bautismos de adultos, los matrimonios de personas que vivían de un modo irregular, la confesión y conversión de personas que durante largos y tristes años ofendían a Dios, y las primeras comuniones de niños y de personas mayores, han sido los principales frutos de esta breve jornada apostólica iniciada, financiada, sostenida y dirigida exclusivamente por señoritas.

Sin su asidua colaboración, sin sus discretas visitas al domicilio de los vecinos para explorar las necesidades espirituales y ofrecerles su remedio quizás no habría resultado tan fértil la palabra magistral de los padres jesuitas Micó, Sauras y Santillán que allí arrojaron abundante luz sobre las conciencias.

Esta siembra de la semilla evangélica de que tanto necesita nuestro pueblo y a la cual él responde con tan numerosas conversiones cuando hay seglares que colaboren empeñosamente con el celo del sacerdote, es una de las más excelentes actividades de la mujer y especialmente de la que ejerce el magisterio o pertenece a la alta clase social. No hay mejor feminismo que esa participación de ella en la labor cultural del misionero, ni mejor manera de romper los prejuicios antisociales que envenenan al pueblo porque solamente en la comunión de ideas y sentimientos religiosos y en el ejercicio de la caridad apostólica fraternizan cordialmente los pobres y los ricos, los ilustrados y los ignorantes, los nativos y los extranjeros.

Entre nosotros la mujer católica de las clases superiores ha respondido mejor que los hombres de la misma categoría al llamamiento que les hace la Iglesia al apostolado seglar que tan empeñosamente promueve el Pontífice reinante.

Esa generosidad y entusiasmo para servir

a la Iglesia debe esperarse especialmente de la mujer culta, ilustrada e inteligente que por sus conocimientos históricos puede apreciar en todo su valor las ventajas obtenidas por la personalidad femenina mediante la influencia del cristianismo.

La mujer inculta, ignorante o frívola, agobiada por el trabajo material y las necesidades urgentes de la existencia o habituada a la exclusiva lectura de novelas y periódicos mundanos, cae más fácilmente en la frialdad religiosa o aversión al cristianismo que propagan los agitadores ácratas y socialistas. Ella no sabe que el Cristo fue el primero que miró a la mujer con ojos puros, respetuosos y compasivos, sin que estuvieran turbados por el orgullo, el egoísmo y la sensualidad, esas tres pasiones que estaban unidas en los sentimientos habituales del varón con respecto al sexo débil. Todavía hoy, entre las personas que carecen de piedad católica, las relaciones del hombre con la mujer están infestadas de sensualidad mientras ella es joven. Lo que los cines, los teatros y las novelas exhiben como pasión amorosa no es más que el brutal egoísmo del varón ejercitado en el placer fugaz de los sentidos. Cuando la mujer carece de encantos físicos o los pierde con la edad, para los ateos se convierte en un ser casi tan inferior y ridículo y despreciable como lo era en la antigüedad pagana. El cristianismo ha elevado la condición jurídica y legal de la mujer y ha impuesto la cortesía exterior en el trato que el hombre le da, pero cuando se carece de religión, en la vida interna del hogar la esposa sigue siendo casi siempre la esclava de los antiguos paganos.

Sólo Jesucristo, entre los grandes maestros de la historia, vió en la mujer una creación de su Padre Celestial, igual al hombre en dignidad, y en derechos, destinada a unirse con El en la intimidad inefable del cielo. El Cristo que flagela con sus palabras a los varones escribas y fariseos, tiene frecuentes elogios

para la mujer y ninguna censura, pues a las delincuentes se limita a decirles "vete y no piques más". El alaba a la Cananea por su profunda fe, El le anuncia a la Samaritana el don de Dios de que ella participará en premio de su amor, El perdona y le evita la muerte y la infamia a la mujer adúltera, El defiende a Magdalena criticada por los comensales, y en general, sin legitimar nunca el pecado como lo hacen los racionalistas modernos, demuestra la más benigna indulgencia para las mujeres que han caído en la culpa, y les tiende la mano para levantarlas. Esa misma conducta ha seguido la Iglesia.

Siguiendo su ejemplo y aplicando su doctrina, San Pablo que declaró la igualdad jurídica de los ricos y pobres, nativos y extranjeros, proclama también la igualdad de los sexos ante la ley y ante la religión y ante la sociedad. "Ya no hay varón ni mujer — dice el gran apóstol — sino que todos sois uno en Cristo Jesús".

Contrariamente al criterio de los paganos antiguos y ateos modernos que juzgan y aprecian a la mujer sólo por su valor estético y sexual, o sea por su belleza, su juventud y su salud física, la Iglesia juzga y estima a la personalidad femenina únicamente por su valor moral, que es lo único en que interviene su voluntad.

Por eso la Iglesia la admitió desde el principio de la era cristiana a las honrosas faenas del apostolado, las hizo diaconisas o auxiliares de los sacerdotes y obispos y les confió la enseñanza del catecismo a los niños y a los catecúmenos adultos.

El celo apostólico ennoblece y eleva admirablemente el carácter de la mujer, porque la aparta de la frivolidad, y le impide consagrar demasiado tiempo al tocador y a la esclavitud de la moda, aficiones éstas que son inconvenientes para las personas pobres y ocasionadas al ridículo para las ancianas.

En lugar de esas fruslerías que son incentivos para la sensualidad, el celo apostólico fortifica el carácter de la mujer, lo inclina al estudio de las verdades religiosas que la hacen capaz de sostener polémicas con los herejes, le permite conocer la vida práctica cuando visita a los enfermos y menesterosos a quienes auxilia y educa, la impulsa a ser generosa en la distribución de sus limosnas, y en su contribución financiera al sostenimiento del culto y del proselitismo cristiano, le da audacia y valor para afrontar peligros y hostilidades cuando lleva a los hogares desconocidos de gentes escépticas o mundanas, la luz de su doctrina y de su fe.

¡Cuántos hombres podrían aprender de ella la lección de intrepidez con que se vence el respeto humano y se confiesa la fe del católico ante la burla o la agresión del sectario.

El ardor indomable y la tenacidad heroica con que muchas señoritas vencen la oposición de las personas a quienes procuran catequizar o convertir, daría motivo para escribir eloquentes páginas si la misma modestia con que realizan su apostolado no las dejara generalmente ocultas y olvidadas.

L. B. M.

"El Pueblo", 4 de mayo de 1935.

El Hogar, Templo y Escuela

La Orden Tercera y la Familia

Discurso pronunciado en Madrid por la Excm. señora Marquesa de Unzá del Valle, T. Franciscana.

Hermanos y Hermanas:

La familia es la base de la sociedad, y en la Orden Tercera los que pertenezcan a ella encontrarán los medios de santificarla.

Ni los defensores de la patria, ni los que

han de regir sus destinos y dar movimiento y vida a las artes e industrias, se forman sólo en los combates de la vida, sino que las primeras impresiones que llegan a sus inteligencias y las primeras lecciones que se graban en su corazón las reciben en el hogar. El ha de ser, por lo tanto, para el niño un templo y una escuela, donde eleve sus plegarias a Dios y aprenda a amar el bien y la virtud.

Regenerar y santificar la familia, que es la que hace sentir su benéfica influencia en la marcha y destinos de la sociedad, es la obra más hermosa que podemos emprender; y para conseguirlo tenemos tres factores o bases principales, que nos señala la O. Tercera.

Primero dice: Que para que la familia pueda santificarse, el matrimonio ha de ser según Dios, a fin de que haya unión de voluntades y que los vínculos sagrados que expresan los nombres de padre, madre, esposo e hijos sean fuertes y duraderos.

Que al contraer matrimonio no debe mirarse sólo al interés y posición, pues el refinado lujo acarrea desórdenes y desgracias; y para evitarlo recomienda la Regla a los Terciarios: *Que eviten en todas las cosas el refinado lujo y elegancia, ateniéndose al justo medio que conviene a cada uno.*

Y contra las pasiones desordenadas, las fiestas y banquetes, que tantas lágrimas hacen derramar en el hogar doméstico, les dice San Francisco: *No asistan a danzas y espectáculos que sean inmorales, y abstengámonos de las comidas y banquetes en que se falte a la templanza; y a fin de que procedan en ellos como racionales y verdaderos cristianos, rueguen a Dios antes de sentarse a la mesa y no se levanten de ella sin darle gracias.*

Y para mantener la caridad y armonía, base de la felicidad doméstica con espíritu de sacrificio, pues en el matrimonio hay más espinas que rosas, los aconseja: *Mantengan la caridad y benevolencia, tanto entre sí como con los demás. Procuren, en cuanto puedan, apaciguar las contiendas y discordias.* Y a fin de que nunca falte la religión y piedad, que es el que ayuda a sufrir las contrariedades, les dice que *confiesen por lo menos, mensualmente, y reciban la sagrada Comunión.* Santa Isabel, reina de Hungría, desposada con Luis Landgrave de Hesse y de Turingia, nos da un hermoso ejemplo como Terciaria en su vida conyugal; pues a pesar de que sus émulo trataron de sembrar la discordia en el matrimonio, nunca lo consiguieron y vivió en paz con su marido, compartiendo el cariño con sus hijos, que aprendieron de ellos la virtud.

En Santa Isabel de Aragón, reina de Portugal, tenemos también otro ejemplo, pues

siendo su esposo de carácter violento, poco amante del hogar doméstico y amigo de discordias y guerras, hasta declararla a su propio hijo, Isabel consiguió con santa paciencia y fervorosas oraciones, apaciguar de tal suerte su carácter; por lo cual llegó a merecer el título de *Pacificadora de los reyes.*

El tercer requisito es la educación de los Hijos. Al nacer un hijo, un amor nuevo y profundo nace en el corazón de los padres, y al contemplarle con cariño la religión les dice que tiene un alma que salvar, y que le han de enseñar a conocer a Dios y practicar la piedad si han de cumplir con su deber.

En la insigne Terciaria, doña Blanca de Castilla tenemos el modelo, para la educación de los hijos, al verla formar el corazón de su hijo San Luis, rey de Francia, y repetirle a menudo aquella frase: *Hijo mío amado..., prefiero mil veces verte muerto, que manchado con un solo pecado mortal.* Y como las lecciones de una madre valen tanto, consiguió que dos de sus hijos fuesen santos.

Y en los deberes para con los dependientes y criados, a fin de mantener el orden y ocuparse, como cristianos, de su salvación, tenemos el que nos da el gran Conde de Ariano, quien para dar buen ejemplo a sus domésticos, con su esposa Delfina, en la Orden Tercera ingresó, y les dictó un reglamento con admirables reglas de moral y religión, que les obligaba a cumplir. Ambos hicieron vida de verdaderos religiosos, y son hoy venerados como santos en los altares.

Y por fin, para que las familias vivan en santo amor y armonía y den buen ejemplo, les dice San Francisco: *Procuren en la vida de familia aventajar a los demás con el buen ejemplo, fomentando los ejercicios de piedad y buenas obras.* Y para que por medio de malas lecturas no se introduzca el veneno que mata el alma, *no permita, les dice, que entren en sus casas libros y periódicos que puedan poner en peligro la virtud, y no dejen leerlos a ninguno de los que están bajo su gobierno.* Y a fin de que las diversiones sean alegres, sin disipación, que *eviten toda palabra indecente y danza poco honesta, examinando por la noche la conciencia; y si hallaren haber faltado, arrepíentase y haga penitencia.* Y si al

guno quiere vivir sin trabajar, *que trabajen*, les encarga, *con fidelidad y devoción*. ¿Qué más se quiere para santificar la familia? ¿Cómo será posible que se relaje ésta guardando una Regla tan sabia y santa?

LECCIONES MATERNALES

Así deben comprenderlo los padres de familia, y sobre todo las madres por estar la familia más directamente a su cargo, no pensando nunca sólo en sí mismas, sino que el tesoro de ternura que Dios depositó en su corazón ha de ser el bálsamo que sirva de consuelo a los demás, ocupándose en hacer el bien a los que le rodean, y empleando en esto su influencia con celo y discreción, para conseguir que se conserven las costumbres cristianas en la familia y que su hogar sea centro de atracción donde encuentre ésta solaz, descanso, alegría santa, y aprenda la virtud.

Si una madre como debe serlo, entre besos y caricias va diciendo al niño: "Hijo mío, tienes que ser siempre bueno, muy bueno. Ama mucho a Dios sobre todas las cosas, que a El tendrás que dar cuenta de tu vida, y encomiéndate a la virgen Santísima. Cuando seas gran-

de, serás muy valiente; pues los hombres no pueden ser cobardes. Has de defender a tu Patria, si está en peligro, y sacrificarte por el deber. No hagas nunca daño a nadie, ni seas vengativo"; y éstas y otras cosas que irá oyendo murmurar a su oído, el niño las va repitiendo entre sueños y formándose hermosas imágenes de nobles ambiciones para el porvenir. Que si el tiempo y los años vienen luego a amortiguarlas en los momentos peligrosos y difíciles de la vida, con el recuerdo de su madre acudirán a su memoria y las recordará con mayor fuerza. Y, sobre todo, hay que creer que en lo único de su vida, al besar el escapulario, pensará que su madre le decía: "Ama mucho a Dios, que a El tendrás que dar cuenta de tu vida, y encomiéndate a la Virgen Santísima" y acudirá Ella, y ora con fervor, y el hombre que esto haga, no se pierde nunca y las lecciones de una madre no se olvidan jamás. Por eso, las madres han de educar bien a sus hijos, y las que así lo hagan, verán que se levantan éstos y sus obras, como dice la Escritura Sagrada, para alabarlas al representarse en ellas el tipo de mujer fuerte, que será el de una verdadera Terciaria.

El Dolor

El que no recibe más que impresiones gratas se degrada física y moralmente, se envilece sin remedio. Sin lucha, sin contradicción, sin abnegación, sin prueba, sin sacrificio, sin dolor, en fin, no es posible moralidad ni virtud. ¿Quién cambia los groseros instintos en elevados afectos? El dolor. La amistad, que no existe sin los amargos días de prueba; el amor, que se purifica orando junto a un lecho de muerte o de prueba; o sobre una tumba querida; el afecto maternal, tan sublime en sus ternuras y en sus penas; el heroísmo, que bajo cualquier forma que se le considere se riega con lágrimas o con sangre; el arrepentimiento, que no existe sin la amargura de la falta; el perdón, que ha saboreado el desconsuelo de la injusticia; todo cuanto hay en el hombre, grande, puro, santo, ¿dónde tiene su origen? En el dolor. Examinemos bien todo lo que nos interesa, nos

conmueve, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algún dolor, algún grave dolor como su raíz necesaria. Por el contrario, el placer, ya lo hemos dicho, enerva y degrada: es un árbol de bella flor y envenenado fruto, cuya sombra es mortal. El que no recibe más que sensaciones gratas no sabe pensar ni sentir: no comprende, ni padece, ni ama; no es hombre.

Concepción Arenal

LIBRENOS LA VERDAD

La violación del domingo, dice León XIII, es precursora de toda clase de desgracias, es la extinción de la fé, el abandono de la oración, el olvido de la eternidad; es la negación de Dios en la vida del hombre. Un pueblo que generalice esta violación, es un pueblo ateo. Librenos Dios!

LA CALUMNIADA

NOVELA

(Continuación)

mente, con su hermano y con otros niños a los ladrones y a la princesa cuando era usted pequeña?—preguntó el príncipe.

—Sí—contestó Claudina,—jugábamos allá abajo, cerca del muro, en donde está la puertecita por donde nos escapábamos así

—¡Señor ayudante!—dijo la princesa Elena alzando la voz,—quisiera que jugásemos ahora un partido de croquet. ¡Venga usted, Isidoro!

El ayudante y la condesa de Moorsleben se apresuraron a acercarse al prado. La princesa Elena vacilaba aún.

—Barón—dijo dirigiéndose a Lotario con acento suplicante,—¿quiere usted ser de los nuestros?

Lotario se levantó y se inclinó en señal de asentimiento.

—¿Ha designado Vuestra Alteza a todas las personas que deben tomar parte en el juego?

Naturalmente; ¿no ve usted que somos cuatro?

—¿Cree usted que ese número sea suficiente? . . .—y volviéndose hacia el príncipe, dijo a éste:—La princesa Elena desea jugar una partida de croquet, y yo sé lo mucho que a Vuestra Alteza le gusta ese juego.

La princesa Elena golpeó el suelo con el pie demostrando su impaciencia.

—Ahora no puedo—contestó con gran seriedad el príncipe.—La señorita de Gerold acaba de prometerme que me conducirá a un sitio muy favorable para la construcción de una fortaleza tal como la teníamos planeada mi hermano y yo, y eso me interesa mucho.

El barón se sonrió al ver a aquel joven caballero ofrecer su brazo respetuosamente a Claudina.

La princesa seguía, sorprendida, el curso de aquella escena.

—¿Por qué — preguntó dirigiéndose a

Lotario—la señorita de Gerold no toma parte en el juego?

—La princesa Elena ha designado las personas que le convenía asociar a él.

—Le suplico, barón — dijo la duquesa en tono vivo y resuelto,—que tenga la bondad de buscar a su prima y decirle, de parte mía, lo mucho que lamento que la hayan olvidado, y vuelva usted con ella en seguida. Hasta que usted vuelva, el chambelán de guardia ocupará su puesto en el juego.

Lotario se inclinó, se acercó a la princesa Elena para presentarle sus excusas y luego, tomando el camino más largo, marchó en dirección del lugar por donde había desaparecido su prima.

Durante la anterior conversación, la nariz de la vieja princesa se había prolongado y afilado más que nunca y blanqueaba visiblemente: aquellas eran, según decía algunas veces su hija con más exactitud que respeto, señales de una violenta tempestad.

—Ruego a Vuestra Alteza que nos dispense—dijo dirigiéndose a la duquesa.—Elena no ha tenido seguramente la intención de ofender a nadie; pero ella quiere a Vuestra Alteza con pasión; no es dueña, a veces, de sus sentimientos, y puede dispensársela considerando que su corazón honrado la lleva más lejos de donde quisiera ir.

—Mi querida tía—repuso la duquesa colorada por la impaciencia,—no veo a cuento de qué viene aquí lo del corazón honrado.

En tanto que tenía lugar aquel diálogo, Palmer examinaba con atención la fisonomía del duque, que permanecía impassible. Hacía uso incesante del monóculo, sin dejar de mirar hacia el paterre, tras del cual acababan de ocultarse Claudina y el príncipe heredero. El duque volvió con lentitud la cabeza y tropezó con la mirada centelleante de la princesa Tecla.

—El niño es precoz—dijo el duque con negligencia.

Sí—replicó su mujer riéndose,—y tiene buen gusto.

—En eso se parece a su padre—dijo la princesa Tecla con sonrisa inocente, que vino por un instante a contradecir la habitual acritud de su fisonomía.

El duque tomó el sombrero, que estaba sobre una mesa próxima, e inclinándose ante la princesa, le dijo con calma:

—Sí, tía mía; siempre he preferido las caras bonitas a las caras feas, con tanto más motivo, cuanto que las primeras indican, casi siempre, una bondad de que carecen las segundas: no le ha faltado razón al afirmar que mi hijo se me parece en eso, y me felicito de ello.

La fisonomía del señor de Palmer denotaba un gran júbilo. ¡Qué lástima que la señora de Berg no asistiera a aquel duelo cortés. . . . , en la apariencia al menos! La princesa Tecla estrujaba los encajes de su pañuelo mientras que la duquesa fijaba en su marido una mirada suplicante. Conocía la antipatía que su tía inspiraba a su esposo, antipatía que se remontaba a los primeros años de su juventud, cuando él adquirió el convencimiento del espionaje de que le hacía objeto, con el fin de denunciar a la duquesa viuda algunas locuras del entonces príncipe heredero y hoy soberano. La princesa no se atrevió a contestar al duque, pero se consagró a su mujer demostrándole una ternura excesiva, emanada de aquella especie de lástima que inspiran las personas sumidas en la aflicción: es un manejo cuya intención se comprende con facilidad y que tiene por resultado inquietar sobremanera los organismos nerviosos; se abre ante ellas una perspectiva amenazadora y oscura, sembrada de peligros desconocidos y de descubrimientos penosos: esto es más de lo que se necesita para excitar su impresionabilidad.

La duquesa lo experimentó en el curso de aquella conversación a pesar de ser enigmática para ella: sufría, y sufría más por lo que callaban que por lo que le decían; así es que, cuando la princesa Tecla exclamó, suspirando y levantando los ojos al cielo: "¡Si al menos tuviésemos la seguri-

dad de que la estancia en Altenstein es favorable a la salud de Vuestra Alteza!" la duquesa dió algunas señales de impaciencia y pidió que se la condujera a sus habitaciones, porque se sentía algo fatigada.

Esto equivalía a dar la señal de la dispersión. Poco después el sitio ocupado por la corte estaba vacío. Las pelotas de colores del croquet yacían sobre la corta hierba y se oía el rodar de los coches que emprendían el regreso conduciendo a las dos princesas y a su comitiva hacia el castillo de Maisonneuve.

Claudina, andando con su joven compañero, había llegado al extremo del vasto parque de Altenstein: sentía cierta satisfacción por escapar, por alejarse de las miradas fríamente escrutadora que Lotario dejaba pasar sobre ella. El visible desdén de la joven princesa no la había mortificado: los caprichos súbitos y los desplantes inesperados se producen con frecuencia en la vida palaciega, y aquél le pareció que se conocía por causa una niñada que no se tomó el trabajo de analizar. En diversas ocasiones, había pagado ya, con demostraciones mal intencionadas, el desquite de algún éxito, y la hostilidad de la joven princesa se había aumentado después de los bailes y de las fiestas de la corte. Pero ¿por qué había acentuado aquel día la inconveniencia, a los ojos del duque y de la duquesa, las malas disposiciones de que siempre había estado animada respecto a ella? Aquello era lo que Claudina no podía adivinar. La princesita estaba de un humor pésimo; tal era el hecho; en cuanto a la causa, ¿sería que por una especie de adivinación hubiese descubierto la inclinación de Claudina hacia el hombre a quien ella también idolotraba? ¡Absurdo! Sí, era un absurdo discutir aquella imposibilidad. La princesa estaba demasiado segura de su triunfo: tan cierta estaba de ello aquella princesa, que deseaba contraer una alianza **desigual** que ya tomaba posesión de los cargos que incumbían a una simple dueña de caza y recorría desde el sótano al granero la morada que ya casi consideraba como suya.

Lotario, de su parte, debía estar muy se-

guro del impenio que ejercía sobre aquel corazón altivo: de no ser así, no se hubiera expuesto a censurar el hecho de que se hubiese prescindido de Claudina... y al llegar a este punto, frunció las cejas... ¿Qué le importaba a él que ella se viese apenada ni humillada? Era indudable que él no hubiera puesto de relieve la afrenta, a no haber recaído en una persona que a **pesar de todo** llevaba su apellido... ¡Siempre aquel indomable orgullo de familia, móvil, no ya principal, sino único, de la menor de sus acciones! Ella sabía, mejor que nadie, hasta qué límite permitía que le llegase la malquerencia; sabía defenderse; no necesitaba de ningún apoyo, de ninguna conmiseración, y mucho menos si este apoyo, si esta conmiseración venía de parte de él.

Había llegado con su joven acompañante hasta aquel sitio retirado del parque donde tanto había jugado en los venturosos años de su infancia. Los recuerdos que surgían de todas partes en torno suyo, oprimían su corazón en tanto que refería al joven príncipe que la acompañaba, los juegos, las emociones y las alegrías de su niñez: allí se veía también la piedra que marcaba la sepultura del perro favorito de su hermano Juan, de aquel **Leal** cuya inteligencia era tan notable, que jamás denunciaba la presencia de su dueño cuando los niños jugaban al escondite: el can permanecía al lado suyo en aquellos momentos solemnes, oculto como él, guardando un silencio religioso y conteniendo hasta la respiración cuando alguien se acercaba al escondrijo... ¡Qué felices eran aquellos días! ¿A dónde habían ido a parar?

El príncipe escuchaba aquellos pormenores con vivo interés y los iba provocando con sus preguntas.

—Y por aquí, ¿a dónde se sale? — preguntó indicando una puerta baja abierta en el muro.

—Al pueblo: nosotros pasábamos por ahí todos los domingos para ir a la iglesia.

El príncipe la había conducido, sin dejar de hablar, a lo largo del muro: de pronto divisó una corneja sobre uno de los árboles más altos y olvidando repentinamente a su dama y sus deberes de caballero

emprendió la persecución del pájaro: éste, que parecía quererse burlar de él, se dejaba ver a través de las ramas, desaparecía para dejarse ver de nuevo, y lo arrastró cada vez más lejos.

Claudina, sumida en sus recuerdos, marchaba maquinalmente, y no echó de ver, sino al cabo de algún tiempo, la falta de su joven compañero. Suspiró profundamente, y se llevó el pañuelo a los ojos para enjugar sus lágrimas. ¿Qué es lo que había cambiado? Nada. Todo estaba como debía estar. No es inclinando la cabeza y derramando lágrimas como se reconquista lo perdido. Nada se obtiene con lloros ni lamentaciones. "Ya llegará tiempo, se dijo, en que se extinga este dolor. Ese tiempo debe venir, porque la vida es imposible con el corazón llagado de esta manera".

Habíase detenido animándose de aquel modo. No obstante, gruesas lágrimas rodaban por sus párpados. Puesto que se encontraba sola, bien podía dejar que sangrara algo su llaga... Así tendría valor para soportar su presencia... Y bien lo necesitaba para verlo hecho marido de una coquetuela impertinente.

—Dispéñeme usted, prima mía—dijo de pronto una voz detrás de ella.

Claudina se volvió vivamente. Sobre su mano había caído una gruesa lágrima que se apresuró o enjugar. De repente volvió a ver dueña de sí misma, digna y serena.

—No me hubiera permitido importunarla a usted — dijo él acefándose. — Su Alteza me ha mandado que la busque para decirle lo mucho que ha deplorado el que se la haya ofendido.

—Su Alteza, como siempre, es demasiado buena — repuso Claudina con frialdad. —No me he sentido ofendida. La ofensa hiere solamente cuando viene de arriba... La diferencia de clase no basta, por sí sola, para constituir la superioridad ni la inferioridad.

—Parece que ha adquirido usted mucha experiencia, prima mía — dijo Lotario con amargo acento y marchando junto a ella. No he olvidado el tiempo en que, feroz como un gamo, parecía que se quería us-

ted ocultar a todas las miradas: así la ví a usted en los salones del palacio ducal.

—Ciertamente — repuso ella, — sobre vino la experiencia. El alma más débil descubre en sí misma una fuerza invisible cuando adquiere el convencimiento de que no puede contar más que consigo misma. Por otra parte, ya tengo veintitrés años, primo mío, y desde hace algún tiempo los acontecimientos se han encargado de expulsarme de la vida indiferente en que se mueven los jóvenes.

Existe, ciertamente, una grandeza seductora — replicó Lotario con alguna ironía — en esa visión de la responsabilidad aislada, que toma sus fuerzas en el aislamiento mismo. La experiencia nos demuestra, desgraciadamente, que esa fuerza se estrella contra el primer escollo que se preten de afrontar. Siempre he estado yo con el alma en suspenso — dijo después de un corto silencio, — cuando he visto a una mujer ignorante de las vicisitudes de la vida, exponerse con valor inútil y actuar de heroína por pura grandeza de alma. Desearía uno cerrar los ojos para no ver los peligros que corre, y, sin embargo, no puede uno verlo con indiferencia. Quisiera uno arrancarla del peligro; pero se obstiene de ello, porque está seguro de ser rechazado.

—Podría ser, que además de su valor, la heroína de que usted habla tenga fuerza suficiente para no tener que temer caída alguna — repuso Claudina, trémula de emoción y sentimiento y acelerando el paso.

—Existen efectivamente caracteres que parecen complacerse en jugar con el peligro, y que, en su orgullo, dicen: ¡Vean ustedes a lo que me atrevo! ¡Y me atrevo a ello impunemente! Esas naturalezas son las que se estrellan con más facilidad.

—¿Lo cree usted así? — preguntó con calma Claudina. — Creo que no las conoce usted completamente. Las hay, debe haberlas entre ellas, que tienen en sí mismas una confianza justificada, y que avanzan por el camino que les ha trazado su deber, sin conceder un instante de atención a las sendas que puedan desviarlas de él.

—¿Las sendas que puedan desviarlas?

—Sí — exclamó la joven con ojos chispeantes. — ¿Por qué, barón de Gerold, me dirige usted, siempre que me ve, alusiones ofensivas y consejos irónicos? ¿No sería más digno de usted, y sobre todo, de mí, que se expresara claramente? ¿Han sido nunca bastante efectuosas nuestras relaciones para que se erija usted un tutor mío?

—No — repuso Lotario en voz baja.

—Y esas relaciones no le conferirán a usted nunca semejante derecho — siguió diciendo Claudina con creciente amargura. — A pesar de todo, me complazco en darle a usted la seguridad que parece buscar. Puedo afirmarle a usted que el nombre de Gerold único objeto de la preocupación de usted, jamás se empeñará por culpa mía.

Lotario se puso pálido al escucharla: ella aceleró el paso, y él se quedó atrás: volvió a alcanzarla ante una casa de jardinero habitada por la hija única de Heinemann y por su marido. Claudina se había apoyado en una ventana abierta de la planta baja, tras de la cual se encontraba la linda nieta de Heinemann que sollozaba amargamente, en tanto que su madre se acercaba a la que había sido su joven ama, ejugándose los ojos.

—Su novio le ha escrito hoy, señorita — dijo.

La joven se cubrió la cara con las manos y redobló sus sollozos.

—¿Y qué ha pasado...? — dijo Claudina, presa de un sentimiento que le ayudó a dominar su propia emoción.

—La culpa es de ella, señorita — replicó la madre, cuyo semblante estaba tético, y se inclinó al barón que había llegado cerca de la ventana. — El joven señor del castillo en el cual mi hija servía como criada, la perseguía con sus atenciones, y Bernardo ha creído que Ella le ha sido infiel.

—Bernardo se ha engañado — dijo Claudina muy seriamente.

—¡Ay, señorita!, no se le debe querer

(Continuará)

Los hijos antes que nada

A aquellas madres que nos han preguntado cuál sería la situación real de los hijos ante las desavenencias conyugales, les contestamos lo siguiente:

Este desastre —dice Catalina D'Erzell— puede tolerarse cuando no tiene más consecuencias que la tristeza y la nostalgia de dos seres que se alejan indiferentes después de haberse amado; pero nunca cuando sobre las ruinas han de sollozar los hijos alejados del padre o de la madre, cuando los dos corazones que acabaron por rechazarse han de seguir atados por el amor y el deber para con sus hijos.

La indiferencia y la apatía acaban entonces por trocarse en resentimientos y hasta en odios.

Si los hijos han de permanecer al lado del padre, la mujer será para siempre una desdichada, porque aunque de pronto parezca conforme, aturdida y olvidadiza, el sentimiento maternal hablará al fin, prendiendo su pensamiento al lado de esos hijos que siendo tan suyos viven tan lejos, ajenos a sus cuidados y a sus besos.

Si los hijos quedan con la madre, el padre al principio se sentirá desesperado; pero co-

mo para ellos siempre es tiempo de rehacer la vida junto a la mentira de su amor conyugal, vendrá la verdad de un amor nuevo, formará otra familia y acabará por mitigar su pena y es posible que hasta por olvidar su deber.

Ella, entonces, se lanza a la lucha, mientras los hijos se educan mal en el hogar solitario, porque el padre olvida y la madre trabaja.

Y ellos son las verdaderas y a veces las únicas víctimas de un amor que se fue.

Por eso los niños, con ser tan pequeños y tan débiles, son capaces de modificar el destino, si los padres quisieran recoger cada mirada desvalida de sus ojos.

Los que tienen hijos, aunque se separen, están para siempre unidos.

Ellos son la cadena irrompible que une, en las sangres fucionadas, a los corazones que dejaron de amarse. Son los que tienen que unir dos voluntades, a pesar del alejamiento de las almas. Porque cuando hay un niño de por medio, sobre el amor está el deber, y el deber es la gran verdad de la conciencia. Una verdad que permanecerá siempre incólume sobre las pequeñas verdades y mentiras de lo que llamamos amor.

Para España, en el Día de la Raza

El agradecimiento a los favores inmensos de la Madre España me ha impulsado a escribir estas modestas pero sentidas frases que quiero sean alabanza y loa para esa nación grande, gentil y por mil títulos caballerosa.

Bastaría sólo, conocer la historia de esa tan noble nación para llegar al convencimiento de que siempre quedarán pálidos todos los epítetos que en su honor se digan.

Por vía de prueba me remonto aun al tiempo de su conquista por los Romanos y al tiempo en que fue invadida por los visigodos y nadie con la historia en la mano podrá negar, ni aun dudar que España fue grande; grandeza que más ha brillado en

aquellas luchas que ha sostenido para no doblegarse jamás bajo el imperio de los moros.

Quería España conservar la fuerza de su sangre, y más que nada la integridad de su fe, por eso ha peleado con el coraje muy propio suyo siempre que el moro ha querido profanar el cristianísimo suelo español; prueba de esto la larga guerra de reconquista que tuvieron los españoles que sostener desde las montañas del norte de España, de aquí que en donde menos mezcla hubo con los moros fue en el norte, lo que son hoy las provincias Vazcongadas y Navarra, por eso las costumbres tan puras de estas gentes y la fe tan arraigada de esos pueblos.

Grande como se ve fue España que con

tales luchas supo conservar puras sus costumbres, su lengua y su fe; fe, lengua y costumbres que había de legar como preciosa herencia a sus hijos, las naciones de la América.

Si al campo de la literatura vamos, allí encontraremos que España en verdad ha asombrado al mundo, pues élla ha sido la que produjo todos esos genios y príncipes de la literatura española, como Miguel de Cervantes, el autor del inmortal Quijote que censura los esragos que hacían los libros de caballerías en la moral y en la literatura, los critica y les da golpe de muerte; es el Quijote el libro de siempre, pues mientras el mundo sea mundo habrá Quijotes y habrá Sancho Panzas, por todas partes se ven gentes que se creen caballeros andantes a quienes "de tanto pasar las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio leyendo tales libros se les vino a secar el cerebro y perder el juicio".

Sería para nunca terminar el dar lista completa de todos esos literatos que han dado lustre a la literatura española y que han sido al par, honor y prez de España, pero sin embargo, por vía de cita quién no ha leído sin enternecerse las poesías de Fray Luis de León y Fray Luis de Granada, dominico y agustino respectivamente, que han sido estrellas de primera magnitud en el cielo de la literatura española?

Con el brillo de sus escritos célebres no sólo por el fondo sino también por la forma, descuella Santa Teresa de Jesús, que con sus "Moradas", su "Castillo interior" y su "Camino de perfección" ha merecido el honroso título de Doctora de Avila. Y muchísimos que como Menéndez y Pelayo, Lope de Vega, Tirso de Molina Zorrilla, Isla y Calderón de la Barca, autor de sus célebres "Autos sacramentales" que alguien dijo que son la Summa de Santo Tomás, puesta en verso, han sido los príncipes de la literatura española. Fuerza es a este respecto decir con Martínez de la Rosa:

"Así el divino coro
de tanto ilustre vate dió renombre

a aquella edad feliz, siglo de oro
y a par de la victoria
hizo famoso el castellano nombre".

Y esa nación tan noble, tan cristiana y tan literata es la madre de la América, pues fue España quien se interesó por su descubrimiento, fueron sus reyes quienes apoyaron al genovés Colón para que llevara a feliz término la empresa que con tanto afán acometiera, fueron franciscanos de la Rábida y su prior Juan Pérez, quienes tomaron a pecho las planes de Colón, fueron Fray Antonio de Marchena y Don Diego de Deza, Obispo de Placencia quienes acuerparon a Colón y dieron ayuda a ese genio a quien bendicieran las generaciones, fue en nombre de España que Colón tomó posesión de las tierras americanas; y desde entonces fue España la madre cariñosa que velara por la suerte de sus hijos.

Los enemigos de todo lo español se han complacido en hechar lodo sobre esa empresa genuinamente española; es cierto que no faltó (somos humanos) algún proceder duro por parte de algún español, pero hay que confesarlo muy alto, que fueron llenas de magnanimidad las leyes que los Reyes Españoles dictaron en favor de los indios y que si hubo algún atropello fue contrariando la suavidad de esas leyes, portectoras de los indígenas,

De aquí que la América debe ser siempre la hija agradecida de España que fue quien la descubrió el 12 de Octubre de 1492, día de la Virgen del Pilar, la protectora de los españoles, la que visitó y consoló a Santiago cuando a orillas del Ebro planeaba la cristianización de España.

Noble es pues la nación Ibera, siempre y sobre todo hoy hemos de cantarla con el poeta:

"Grande era España, rayo de la guerra;
su brazo poderoso, al mundo doma
más grande aun cuando en su oriente asoma
el sol del genio, que alumbró a la tierra".

Fernando Sarratea S., Pbro.

El hombre socialista y la sociedad socialista

II

No soñemos: el Estado socialista no puede ser ni terminar en otra cosa: porque si el hombre del socialismo es el tubo famoso de dos bocas que cierto socialista dijo; puro animal más perfectamente desarrollado en el grado de la evolución de la materia, regido por las fuerzas mecánicas del instinto irracional; el ser que carece de alma espiritual, para quien Dios no existe, mero nombre metafísico medioeval, ni existe por consiguiente, un legislador y juez eterno; un individuo sin voluntad libre, cuyas determinaciones constituyen un producto necesario, la resultante de todas las fuerzas e influencias que obran sobre ella por parte del medio exterior y de los motivos ciegos e inclinaciones internas: un salvaje modernizado que nada tiene que ver con Jesucristo, Redentor y Salvador, con la tradición y civilización cristiana, sin fe en su destino eterno, sin caridad que le una a los demás mortales, sin justicia y sin virtudes, palabras huecas en el vocabulario materialista; un hombre en fin diverso de lo que el género humano llamó siempre y llama hombre, que maldice la familia, a la que sustituye por el amor de la bestia libre; que maldice la historia de sus antepasados, con sus glorias y tradiciones, porque creyeron en Cristo que les sacó de la barbarie; que maldice de su patria como engendro de tiranías que maldice el orden moral, invención del clero, y todo deber de conciencia que maldice la autoridad y la ley divina y humana, que obligan a la desobediencia por ser señales de despotismo; que maldice la propiedad privada, que ha sido y es la institución social que ha sustentado y sustenta el linaje humano, a los mismos socialistas, a pesar de ser temida por el despojo y latrocinio del proletariado. ¡He aquí el hombre de Carlos Marx, todo materia, todo ambición, todo orgullo, todo pasión, todo lujuria, todo odio, todo vicio, todo egoísmo! Y no se nos diga que el nombre socia-

lista tiene el deber de conservación de la especie, de procurar el bien de la humanidad y el progreso de la cultura; desde el punto de vista del evolucionismo no puede darse deber alguno ni verdad eterna e inmutable, y ni ciencia que no sea un laberinto. Y si el hombre socialista es ese; ¿qué será el Estado compuesto de tales hombres? El Estado, monstruo de ambiciones, de inmoralidades, de injusticias de pasiones desenfrenadas, de vicios abominables, de tiranías nunca oídas, de crueldades sanguinarias, de crímenes y maldades humanas: la muestra la tenemos flagrante en el Estado ruso soviético.

Y ¿qué otros efectos se podían esperar de las utopías del marxismo, de las teorías de la concepción materialista del universo y de la historia, de la teoría del valor preconcebidas con el sólo intento de arruinar desde sus cimientos las sociedades humanas? ¡Malhechor supremo de la humanidad fue el judío revolucionario Carlos Marx, que se valió de la mentira de la teoría del valor, defendida en su primer tomo del *Capital* y rechazada en el tomo III que no le quiso publicar hasta después de su muerte, para probar que el valor de todos los bienes es trabajo acumulado del proletariado, que el capital nada produce ni aumenta los valores de las mercancías sino sólo el trabajo del obrero a quien se le despoja por el capitalismo. Por eso dice que: "chorreando sudor y sangre nace de la producción el capital, y crece siempre más y más; pero la acumulación del capital importa la reproducción del régimen capitalista cada vez en mayor escala: importa el acrecentamiento de los capitales y de la cantidad de plus valía, es decir, del trabajo ajeno no pagado, por una parte, y el empobrecimiento y miseria progresivos del proletariado por otro". Pero Marx no demuestra su teoría del valor, porque la medida empleada por Marx para medir el valor (el trabajo socialmente necesario, medido por el tiempo de trabajo socialmente necesario), como medida simplemente cuantitativa, no

basta en manera alguna para la medición de valores y trabajos cualitativamente heterogéneos. Es de todo punto imposible y absolutamente arbitrario reducir a trabajo humano abstracto todos los géneros de trabajo.

La diferencia cualitativa del trabajo y de los productos manifiesta claramente que se trata aquí de magnitudes que consideradas desde el punto de vista cuantitativo deben ser tenidas con mucha frecuencia como incommensurables en absoluto.

¿Quién pretenderá igualar bajo la rúbrica general de trabajo humano abstracto, miles de brochazos, por ejemplo, del revocador con

cien pinceladas de un artista como Velázquez, ni aun siquiera establecer comparación entre ellos? Claro como la luz meridiana es el hecho de que la fuerza de trabajo del hombre no es tan exclusivamente de orden material que no ahonden sus raíces en la esfera de lo psíquico, en el reino de lo imponderable, para el cual el materialista carece de toda medida. Y esto no se verifica sólo en el delicado trabajo del artista, sino también en el del artesano, y aun en mayor o menor grado en cualquier trabajo ordinario.

S. de P.

A las madres y a las jóvenes

El corazón de Jesús culpa principalmente a las mujeres, por su inmodestia en el vestir, de la inmoralidad actual y amenaza con terribles castigos, aun con la destrucción de poblaciones enteras, si no se enmiendan.

(Así lo dice en sus maravillosos Escritos la Rda. Madre Ráfols).

El Corazón de María os llama a penitencia. Y os dice: No provoquéis la Justicia Divina. Si vuestra desnudez continúa paseándose por calles y plazas. Si vuestra provocación insiste en escandalizar a todos. Si vuestra inmodestia sigue infeccionando conciencias. No os extrañéis de un nuevo castigo mayor que los pasados. No os quejéis de la mano justiciera cuando os hiera. No preguntéis la causa de vuestros males, de los de vuestros hijos, y de los de vuestra Patria...

LA VOZ DEL PAPA.—Os decía que la mujer cristiana con su inmodestia se está poniendo por desgracia al nivel de la "mujer pública".

Y VOSOTROS MADRES E HIJAS, habéis desoído la voz del Vicario de Jesucristo.

VOSOTRAS habéis despreciado los llamamientos de vuestros obispos.

VOSOTRAS os habéis sonreído de los consejos de vuestros sacerdotes, y vais cada día más adelante aún en vuestra desvergüenza pagana.

¿De qué os servirá comulgar a menudo, y figurar en piadosas asociaciones y cofra-

días?

Si persistís en vestir como las mujeres públicas. Si os aferráis a vuestras revistas indecentes. Si os engolfáis en los espectáculos escabrosos?

¿De qué os servirá, sino de mucha mayor responsabilidad.... y de mucho mayor castigo?

Ah! Madres débiles, condescendientes con la desnudez de vuestras hijas (que hasta llegáis a imponerla a vuestras pequeñitas inocentes desnudando sus brazos y sus piernas cuanto podéis...) ¡Reniego de vosotras! De nada os servirán vuestras Novenas, vuestros ejercicios vanos... sin obras, sin recitud, sin decencia cristiana!

Ah! hijas incensatas y atrevidas! ¿Creéis que me hacen falta vuestras flores, ni vuestras velas, ni vuestros cánticos? NO ME HACEN FALTA. ¡Quiero más cordura, más decencia en vosotras mismas!!!

Del Granito de Arena

Estas serias reflexiones estaban detrás de una bellísima estampita de la Santísima Virgen.

AVISO

SE NECESITA UNA COCINA DE HIERRO

de segunda mano,

en perfecto buen estado y de regular tamaño

Escriba al Apartado 1239

El Padre Maubach

Muy sentida ha sido la muerte del muy querido misionero Padre Federico Maubach, quien trabajó con celo verdaderamente apostólico en la región de El General.

Perdemos a un buen suscriptor Dios le ha de pagar todo el apoyo que nos brindó y suplicamos a los suscritores no olvidarlo en sus oraciones.

¡SOR MARIA!

Sor María inmaculada ha muerto.
Sor María era la más pálida y la más ojerosa del claustro, Sor María era como una rosa de paz, y de consuelo, y de melancolía... Las dos frágiles manos de esta monja tenían tan eximia blancura, que si bordaban un lino para el altar las manos no se le distinguían. Manaba de sus labios en hilo suave y lento la palabra tan pura como el chorro de agua que conversa en el patio sonoro del convento. Y sus ojos profundos en que un ensueño vago prolongaba sus éxtasis indefinidamente, parecían dos ventanas abiertas sobre un lago.

Sor María inmaculada ha muerto: fue muy suave aquel morir, apenas si inclinó la cabeza; fue una muerte tan llena de la santa alegría que las monjas hermanas no sintieron tristeza, y la madre abadesa, creyendo que dormía, la llamó en voz muy baja: ¡Sor María, Sor [María! y la besó en la frente con profunda tristeza. Todas las monjas fueron al jardín y volvieron con las manos colmadas de lirios,

y a la pálida hermana que dormía su sueño de paz entre los cirios, la cubrieron de lirios, con tantos la cubrieron que no se le veía debajo de los lirios.

Abrieron la ventana, y entró por la ventana, y envolvió la blancura de la monja yacente, la seda azul, la seda noble de la mañana, donde bordaba un claro comentario la fuente. Llenáronse de incienso los claustros del [convento,

y la dulce campana, sobre los funerales de la monja blanquísima, despetaló en el viento, un lírico manojito de rosas virginales.

La fosa que cavaron en el rincón más [pobre del cementerio, estaba llena de sol. Y cuando sobre la frágil muerta, y en un rumor muy blando, la tierra amontonaba su negror, parecía

que el sol de la mañana también se iba [quedando enterrado en la santa fosa junto con Sor [María.

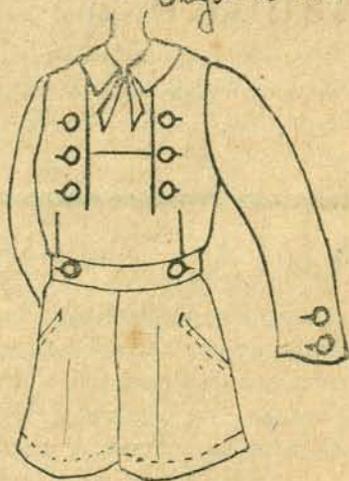
F. Martínez Rivas

J. PIEDRA C.
Sastrería Americana
ES LA QUE CONFEC-
CIONA LOS MEJORES
TRAJES

75 varas al Oeste del Parque Morazán

Exámenes Científicos
de la Vista
Lentes y Anteojos de
todos precios
CONSULTORIO OPTICO
"RIVERA"
Frente al Gran Hotel Costa Rica

Elegantes modelos para niños



Recetas de Cocina

QUEQUE DE HIGADO DE BACALAO

Se muele un hígado fresco de ternero y se le agrega un cuarto de miga de pan remojada en agua y exprimida, nuez moscada, perejil y cebolla picados, una cucharadita de jugo de limón, un poquito de cáscara de limón verde rallada, un cuarto de libra de tocino picado en pedacitos y 3 huevos, un cuarto de libra de harina de papa (fécula de papas), sal y pimienta. se mezcla todo muy bien y se arrolla en forma de cilindro no muy grueso y se envuelve en harina, por encima se le pone una buena cucharada de manteca y se mete al horno caliente y se baña con la misma manteca hirviendo hasta que esté dorado por todos lados. Aparte se ponen a hervir 3 cucharadas de vinagre una cucharada de mantequilla, una cucharadita de perejil picado, cebolla picada, sal, pimienta y se pone a hervir; se mezcla una cucharada de mantequilla con una de harina y se echa en la salsa hirviendo, se deja hervir un momento hasta que esté espesa y dé buen gusto. Esta salsa se coloca en un platón y encima el hígado asado y se sirve.

CARAMELOS RUSOS

Se pone a hervir una libra de azúcar con medio vaso de agua hasta que esté a punto de caramelo, es decir que al levantar la cuchara caiga la miel en hilos, entonces se le agrega un vaso de natilla fresca (crema de leche) y una cucharadita de vainilla. Se mueve un poquito y se deja hervir hasta que al echar una gota de esto en un poquito de agua se forme un caramelo quebradizo. Se echa esta miel en una plancha de mármol untada de aceite y cuando está un poquito frío se cortan los caramelos en forma cuadrada.

GALLETAS SALADAS

Se mezcla media libra de harina, media cucharadita de sal, una cucharadita de royal y agua suficiente hasta formar una pasta, se deja en un lugar fresco durante una hora. Luego se extiende con el bolillo hasta que quede una pasta bien delgada, se corta en ruedas y se colocan en cazolejas untadas de manteca, se pican con un tenedor. Se mojan por encima con un poquito de agua, se espolvorean con sal bien fina y se asan en el horno caliente.

Nadie debiera morir de apendicitis

Dr. Jas. W. Barton, Toronto, Canadá

Lord Moynihan, el gran cirujano británico, declaró ante 100 médicos que asistieron a una conferencia, lo siguiente:

"Los pacientes no mueren de apendicitis sino de su tratamiento".

Lo que quería decir ese cirujano es que si el paciente se pusiera en manos de un médico que le diera inmediatamente el tratamiento que requiere la apendicitis, nadie se moriría. El error de tomar un laxante para el dolor de estómago ha causado muchas muertes.

Dijo además que la apendicitis aguda es "obstructiva", por decirlo así, y que en realidad no se volvía peligrosa si no se tomaba un purgante.

Aun cuando todos los médicos no convengan en que la apendicitis aguda no es mortal en ningún caso a menos que se tome un laxante, sí convienen en que no hay nada tan peligroso como tomar purgante cuando da un ataque de apendicitis.

"No se debe tomar nada, y menos agua. Una sola gota de agua causa un espasmo violento en la unión del intestino delgado con el grueso, situada a unas pocas pulgadas del apéndice inflamado, que los perfora o rompe, resultando la peritonitis, inflamación de la membrana serosa que cubre el interior del vientre y sirve de envoltura y sostén a la mayor parte de las vísceras abdominales, que causa la muerte.

Si la salud del paciente lo permite lo mejor es hacer sin demora la operación qui-

rúrgica. La demora en hacer la operación no sería peligrosa en ningún caso si no ha tomado purgante, pero si lo ha tomado, el cirujano siempre debiera operarlo, en cualquier condición que esté.

Los niños se deben operar inmediatamente. Si un niño tiene el apéndice inflamado, no se debe dejar solo ni por media hora. Probablemente habrá que operar a los niños debido por motivo de que en casi todos los casos les dan un laxante creyendo que llora porque siente dolor en el estómago.

Creo que los médicos que escriben respecto a la conservación de la salud, inclusive yo mismo, no pueden recalcar con demasiada fuerza ni frecuencia lo peligroso que es tomar purgante cuando se sienta un dolor agudo en el estómago sin consultar primero a su médico.

Botica Vargas

La de mayor confianza para Ud.

Se despachan las recetas de los Dres.

Calderón Muñoz y Calderón Guardia

TELEFONO de los Doctores: 2812

Doña BETTINA DE HOLST

RECIBIO ULTIMAMENTE:

Grandes novedades para Primera Comunión: velos, guantes, bolsitas muy artísticas, coronitas y cintas blancas de la mejor calidad

Toda clase de trabajos para hacer a mano y sus materiales como: lanas, filosedas de un solo color y matizadas, hilo pluma, glacé y para zurcir en todos los colores de moda.

Variadísimo surtido de flores para altar. Encajes finísimos para ornamentos sagrados.

Visite esta tienda y encontrará preciosidades para los gustos más refinados

Patrones PICTORIAL REVIEW
EL PATRON MODERNO

*Con muchas ventajas y con
explicaciones en español*

Modelos de afamadas casas parisienses

Los Patrones "Pictorial Review"
los vende la

TIENDA DE "DON NARCISO"
(Frente a la Plaza de la Artillería)

Tienda de Chepe Esquivel

(Esquina opuesta al Mercado)

**Magníficos Paraguas y
Elegantes Sombrillas**

MAGNIFICAS CAPAS DE HULE para hombre
Inglesas y nicaraguenses

A precios sin competencia

Gmo. NIEHAUS & Co.

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda «VICTORIA»
.. de Santa Ana, Hacienda «LINDORA»
.. de Turrialba, Hacienda «ARAGON»
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca «Rosales», Hacienda «PORO».

Calidades insuperables - Precios sin competencia

Al por mayor — Al por menor

Apartado 493

Teléfono 2131

COCINAS ELECTRICAS

THERMA

EXHIBIMOS ULTIMO MODELO

FERRETERIA

Clemente Rodríguez Hijos

Teléfono 2073

Más de 25 años de trabajo

Más de 300 mil exámenes

ES SU MEJOR GARANTIA

Laboratorio Bacteriológico

Lic. don CARLOS VIQUEZ

GRAN FABRICA DE MOSAICOS

ADELA Vda. de JIMENEZ e HIJOS

Construcciones, Cemento, Mosaicos,
Balaustres, Macetas,
Faroles de hierro forjado, Materiales de
Construcción, Piedra Quebrada.

FERRETERIA - TALLER MECÁNICO

Teléfono 2278

Inculque a sus hijos la buena costumbre del

A H O R R O

El Banco Internacional de Costa Rica

cooperará en ello mediante el servicio de su

SECCION DE AHORROS

que pone a la disposición de usted.